

Dios, *Creador del Cielo y de la Tierra*, según s. Agustín

RESUMEN

Aquí se analiza el estudio del P. Prada sobre la creación en los comentarios de S. Agustín al Génesis. Este autor nos previene de no enfrentar las Ciencias con las Escrituras, pues Dios es el Creador de todo, y cuando los científicos ven que se ignora la obra bien probada de la ciencia se desacreditan las Escrituras como ya dice el mismo S. Agustín. Con todo, se mantienen las verdades de la Escrituras que: Dios creó el mundo de la nada, que puso las razones seminales en las cosas, pues Dios creó el mundo para hacerlo, y hay una creación latente que luego se hace patente. Hay que tener en cuenta el sentido literal y el figurado de la Escritura, y otros temas importantes del *Génesis a la letra* como la creación del alma humana, el bien del matrimonio, la justicia y la misericordia divina ante el mal y del pecado, el sentido de los animales nocivos, las mentiras de los astrólogos, etc. En los libros XI-XIII de las *Confesiones* el Santo nos propone la Escritura como firmamento de la creación y camino del cielo, pues Dios es creador de todo bien, y del amor como valor propio, del hombre, que por el Espíritu Santo nos infunde la luz de Cristo, especialmente en la contemplación y las obras de misericordia, y enciende el fuego del amor en los predicadores del Evangelio para que se extienda por todo el mundo y nos conduzca a la Ciudad del cielo hasta que descansemos en la paz de Dios, la paz sin ocaso que no tendrá fin.

PALABRAS CLAVE: Creación del cielo y la tierra, Génesis, Ciencia, Escritura, Razones Seminales, Creación latente y patente, Espíritu Santo, Amor, Paz.

ABSTRACT

Here the study of Fr. Prada about creation in the commentaries of St. Augustine on Genesis is analyzed. This author warns us not to confront Science with the Scripture, for God is the Creator of everything, and when scientists see the well-proven work of science being ignored, they discredit the Scripture, as St. Augustine himself states. However, the truth of the Scripture remains:

God created the world out of nothing, he put the seminal reasons in things, for God created the world to do it, and there is a latent creation that later becomes patent. The literal and figurative sense of the Scriptures must be taken into account, and other important themes from the *Genesis ad litteram* like the creation of the human soul, the goodness of marriage, justice and divine mercy in the face of evil and sin, the significance of harmful animals, the lies of astrologers, etc. In the books XI-XIII of the *Confessions*, the Saint proposes the Scripture to us as the firmament of creation and the way to heaven, for God is the creator of all good and of love, as proper value of man, through the Holy Spirit infuses us with the light of Christ especially in contemplation and works of mercy, and kindle the fire of love in the preachers of the Gospel so that it spreads throughout the world and leads us to the City of heaven until we rest in the peace of God, the peace that will never end.

KEY WORDS: Creation of heaven and earth, Genesis, Science, Scripture, Seminal Reasons, Latent and patent creation. Holy Spirit, Love, Peace.

INTRODUCCIÓN

Antes de entrar de nuevo, en el tema, recojo lo que ya expuse en 2017, en las Jornadas del CETESA, del estudio del P. Prada sobre *La creación del mundo según Agustín, intérprete del Génesis*¹, pero muy ampliado ahora con otros muchos temas sobre la creación. Luego, presentaré lo que dice el S. Agustín, de estos temas, en los libros XI-XIII de *Las Confesiones*, de una enorme riqueza espiritual, y por eso, nunca hay que olvidarlos como si sólo tratara temas abstractos como el del tiempo.

1 RODRÍGUEZ DE PRADA, P. Á., *La creación del mundo según san Agustín, intérprete del Génesis*, M. Tabarés Impresor, Madrid 1906, citada aquí con: EA. El P. Prada nació en Cobrereros de Sanabria (ZA) el 25.2.1859. Agustino, Maestro en Filosofía y Teología, Asistente General de la Orden, Doctor en CC. Físicas y Exactas. Miembro de la Asociación Española para el Progreso de las CC., y de la Sociedad Astronómica de Francia. Profesor en El Escorial y Valladolid. Fundador de los Observatorios de La Vid, Valladolid y Guernica. Director del Observatorio Astronómico del Vaticano de 1898 a 1905. Prior de los Agustinos de Polonia (1910-13). Director del Colegio de Guernica (1916-1920) y Capellán de las Agustinas de Aldaz (1921-35) donde murió el 21.X.1935.

1. EL ESTUDIO DEL P. ÁNGEL R. DE PRADA SOBRE EL GÉNESIS SEGÚN S. AGUSTÍN

En su obra, sobre la creación del mundo según S. Agustín, el P. Prada ofrece: *un sentido dinámico* de la realidad mundana. Y: una *gran ampliación de su edad*, de acuerdo con lo propuesto por: LYELL, Ch., *Principles of Geology*, J. Murray, London 1831-1833, 3 vols. (Biblioteca Filipinos-VA: SH 235,1-2-3). Se suele decir que Darwin sólo llevaba este libro en su viaje en el *Beagle*. La Geología canta mucho en este tema del tiempo, pues se sabe con bastante seguridad lo que tardan en formarse las capas geológicas y no es fácil falsificar sus datos. Por eso, las antiguas culturas ya tenían datos cercanos, de alguna manera, a los actuales, y la Ilustración los puso en valor. Y, lo sabían los profesores de Historia y Literatura del tiempo del P. Cámara y Prada como Rubio y Ors, de la Universidad de Valladolid, que hablaba de 220.000 años.

De ahí que, para el P. Prada, es muy “torpe y pernicioso, y debe evitarse a toda costa, que un infiel cualquiera oiga delirar al cristiano, hablando de cosas naturales como si hablase de conformidad y según las Sagradas Escrituras”: EA10. Pues, no es preciso rebatir a los in-creyentes con la fe sino mostrarles que nada verdadero en las ciencias, “nada absolutamente es contrario a las Sagradas Letras”: EA11. O como dice el Santo: “*Sucede con frecuencia que un no cristiano conoce datos acerca de la tierra, del cielo, de los demás elementos de este mundo, del movimiento y del retorno o también de la magnitud y distancia entre las estrellas, de los eclipses del sol y de la luna, de los ciclos de los años y de las estaciones, de la naturaleza de los animales, de las plantas, de las piedras y de las demás cosas de idéntico género, de tal manera que las sostiene apoyándose en razones muy sólidas o en la experiencia. A su vez, es vergonzoso en extremo y dañino y algo que se ha de evitar a toda costa que un cristiano que habla de estas cosas como ateniéndose a la enseñanza de las Escrituras llegue a tales desatinos que, viéndole (el no cristiano) desbarrar de cabo a rabo –como suele decirse–, apenas puede contener la risa. Y lo que resulta indignante no es que sea objeto de mofa alguien que así desbarra, sino que quienes son ajenos a la fe crean que nuestros autores pensaron así, y que sean reprendidos y rechazados como si fueran ignorantes, con gran daño para los que creen eso, cuya salvación nos preocupa. Pues, cuando sorprenden a un cristiano en un error acerca de algo*

que ellos conocen a la perfección, y que, además, apoya su afirmación vacía de verdad en nuestras Escrituras, ¿cómo van a creer a nuestros Libros a propósito de la resurrección de los muertos y de la esperanza de la vida eterna y del reino de los cielos, si piensan que contienen errores sobre esas cosas que ellos ya pudieron experimentar o percibir con cálculos que no admitían duda? No es posible decir suficientemente cuánto pesar y tristeza procuran a los hermanos sensatos, esos otros cristianos llenos de presunción temeraria que (quod), si los que no se sienten vinculados por la autoridad de nuestros Libros alguna vez comienzan a criticarlos y a convencerles de su desnortada y falsa opinión dirigen su esfuerzo a presentarles los mismos Libros santos para defender y probar con ellos lo que afirmaron con ligerísima temeridad y clarísima falsedad. O incluso citan de memoria muchas palabras de ellos, que juzgan válidas como testimonios a su favor, sin entender ni lo que hablan ni de qué lo afirman” (De Genesi ad litteram libri duodecim², I 19.39)³.

En S. Agustín hay que distinguir bien lo que dice como verdad demostrada, y lo que es opinable y se entiende según las teorías que “dejó expuestas”. Él es partidario de aceptar muchas opiniones, si no son contrarias a la Escritura. Pues no hay que aferrarse a nuestra opinión, sino a la de las Escrituras (GI 18.37); y puede haber dos o más sentidos válidos si “ambos se apoyan en fundamentos ciertos”: GI 19.38. Se aceptan diversas opiniones, si ayudan a la piedad. Si algo es verdadero o falso se ha de contrastar con Cristo en quién están *todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*: GI 20.40; 21.41.

1.1. La Creación de la nada

Así: “El hecho de la Creación *ex nihilo* es fundamental entre las verdades de nuestra fe”. Tras la idea del Dios Omnipotente es muy importante comprender cómo fue eso que es un tema muy difícil: EA13. De hecho, el P. Prada apuesta porque S. Agustín defiende claramente la “*Creación simultánea de todos los seres*”: EA14. Las

2 Esta obra se cita en adelante con la letra: G.

3 Traducción de Pio de Luis. Suyas son todas las traducciones de citas literales amplias, según el texto de ZICHA, I., CESEL, 28/1. Viena 1893, pp. 3-435, que aquí recojo y agradezco su generosidad. Una traducción en curso, sujeta a revisión, para una nueva edición del vol. xv de las O.C., de S. Agustín en la BAC.

cosas fueron creadas todas a la vez con las propiedades que Dios les dio o semillas para desarrollarse (in illis insitis rationibus) (Sal 32,9): EA16. Dios: “*Creavit omnia simul*”, según *Eccl*o.18,1 y *Sabiduría*, pero no creó los seres ya “desarrollados” “como algunos lo han entendido”: EA17-8. Esa “creación simultánea” pide después “el desarrollo y la organización, y diríamos, especificación, de los seres, mediante la acción del poder divino en el tiempo y en el espacio”: EA20-25.

De ahí que: “Causaliter ergo dictum est produxisse terram herbam et lignum; id est producendi accepisse virtutem. In ea quippe jam tamquam in radicibus, ut ita dixerim, temporarum facta erant quae per tempora futura erant”: GIV 10. “Por esto aparece claro el error de aquellos que afirman que S. Agustín defendió que los seres salieron de las manos de Dios inmediatamente constituidos con la perfección de su último desarrollo”: EA25. Así, las cosas y el mundo estaban en su origen como está el árbol en su raíz o semilla: EA27-28. Y, luego, Dios los desarrollará en las obras de la creación “en las cuales Dios no ha cesado ni cesa de obrar”. Con todo, la idea de las cosas creadas perfectas, *ab initio*, se apoya en textos del Santo, según algunos, dice el P. Prada: EA28, n.1. Pero, Dios obra en “la Creación que, al impulso de la acción divina, se ha organizado y dilatado con la sucesión de los tiempos, ni más ni menos que como Dios lo decretó, cuando a la vez hizo todas las cosas”: EA29.

Del mismo modo, con la creación de las criaturas comenzó el tiempo: “Por lo cual es inútil indagar acerca de la existencia del tiempo antes de la existencia de la creaturas, como si pudieran encontrarse tiempos antes del tiempo” (GV 5): EA26. Luego, vino la creación del hombre, los astros y otras cosas: “Sed haec nisi per temporales moras fieri non possent. Non itaque facta sunt sicut creata sunt omnia simul” (GVI 2): EA33-34. Dios creo la materia pero luego da “las evoluciones” para que “se formasen los globos celestes” y “la tierra”. Dios crea todo, *ab initio*, pero los seres se desarrollan “procediendo de aquellos gérmenes primitivos (ex illis tanquam involucris primordialibus) en la sucesión lógica de los siglos”: EA35-36.

1.2. Las razones seminales

Esas son *rationes seminales*, las semillas que darían “con el andar de los tiempos, origen a la formación definitiva de los seres individualizados, en el estado de desarrollo perfecto y forma visible según la naturaleza propia de cada uno”: EA39-40. Por otra parte, S. Agustín admite la idea de “materia informe”, tanto para la creación del alma como para la de los ángeles, “y claro está que no ha de ser en el sentido de materia física y corpórea”: EA41, n.1. En todo caso, sólo Dios “habet immortalitatem”. Por lo demás, se deben investigar “los secretos de las Sagrada Escritura sin caer en la temeridad de afirmar como cierto lo que no es claro, sino por el contrario, muy obscuro...”: EA46.

En fin, el mundo era un caos pero todas las cosas estaban “allí ab initio”. S. Agustín con la Escritura establece “la distinción entre las cosas que Dios creó en su ser definitivo, y las que creó en sus causas para completarlas en la sucesión de los tiempos”, que estaban allí, “*de un modo invisible, potencialmente, en las causas como en germen*, en la virtudes y propiedades y leyes impresas por el Creador en los elementos primordiales del mundo”. Su desarrollo es la IIª fase de la creación que, frente a la Iª, “exigía la evolución de los tiempos y de los elementos materiales”: EA48. La teoría de S. Agustín está de acuerdo, en cierto modo y hasta cierto punto, con la moderna Cosmogonía y Geología, y según esta teoría, la formación de los seres “en el tiempo, no se verificó cuando la creación simultánea”: EA53, n.1. Por lo demás, sólo con el movimiento de las criaturas comienza el tiempo: EA57.

El estado primitivo de la materia, Agustín lo ve como: “*in potentia materiae, in rationibus seminarum, in ratione causarum; potentialiter, invisibiliter, in reconditis naturae, causaliter, virtualiter*”: EA60. Y, la creación comenzó por los seres que pueden conocer el mundo creado “por y en el Creador mismo”, y no por aquellos que sólo lo conocen por “las criaturas”. Dios ordenó la evolución de las criaturas de la materia que creó y a la que dio energías y movimiento y leyes para “evolucionar con orden y concierto” y producir “seres más perfectos que la materia misma”: ES64. Para Agustín, Dios creó todo y obra “directamente con las causas segundas en las evoluciones de la materia, en la formación de los seres, en el orden y concierto de todos los acontecimientos”: EA65.

Nadie ha tomado la doctrina de S. Agustín como base de sus investigaciones científicas pero “su sistema cosmogénico resulta más completo” y en nada “opuesto a las hipótesis más modernas”. Algunos califican su teoría más bien como “una bellísima concepción poética” pero el Santo la considera “muy real, muy verdadera, muy conforme con lo que Moisés cuenta”, más conforme que otra ninguna con la narración bíblica, según la interpretación literal, único sentido que el Intérprete se había propuesto utilizar en su obra *De Genesi ad litteram*: EA68. Y, por eso, dice el P. Prada, los que hablan de los seres creados ya perfectos como “*hoy los contemplamos y por tanto que no han existido las llamadas épocas geológicas en la tierra ni períodos cosmogónicos en el mundo material*”, o no han leído la obra de S. Agustín, o no han entendido su sistema”: EA68.

Para él, la expresión: “*hágase la luz*” sintetiza la obra de la *creación* tanto en su origen en Dios como en su desarrollo temporal posterior a partir de sus gérmenes: EA76. Ahora bien, es cierto que la luz verdadera es el Verbo de Dios, en el que conoce todas las cosas todo aquél que, verdaderamente conoce, como los ángeles y los hombres: EA90-1. En Él es en quien se “contemplan las razones eternas, según las cuales y por las cuales las creaturas son lo que son”: EA92. Ahora bien, con la frase “*así se hizo*” comenzaría el desarrollo de la obra de la creación, en el espacio y en el tiempo, “para que el Universo físico alcanzase el estado definitivo de desarrollo que debía encontrarse al comenzar el día tercero”: EA105. En el día 2º comienza “la época cosmogónica de las nebulosas primitivas” y luego “la condensación material de la nebulosa terrestre”: EA106. Luego germinan la hierba y los árboles en la superficie terrestre, y el firmamento y sus luminarias marcan día y noche el día 4º. El día 5º crea las aves, los peces y reptiles, y el 6º los animales y, finalmente, al hombre “a su imagen y semejanza”: EA108. Así quedó completa la creación. Y: “*bendijo Dios y santificó el día séptimo porque en él había cesado de toda su obra que había creado PARA HACERLA*. Luego parece que primero la creó *con el fin de hacerla* y que *después la hizo*”: EA109.

Esta fue “la formación en el tiempo de la cosas sin tiempo creadas”. Así que, nada se opone al desarrollo del mundo en “los grandes períodos cosmogónicos y cosmogénicos, geológicos y paleontológicos que la ciencia reputa necesarios para la formación del mundo”. Agus-

tín nunca defendió que las criaturas “*saliesen desde el primer instante, de las manos del Creador, ya hechas y perfectas en su último grado de desarrollo*; por más que Dios mismo fuese el autor inmediato de las perfecciones creadas”: EA110-1. Esto vale de “los animales y del hombre”, “las hierbas y las plantas”: EA115. Y con el “*vidit Deus quod esset bonum*” se “trataba de marcar bien la distinción entre los seres ya formados y su estado anterior en materia informe”: EA116; 118. Pues: “Dios dio virtud a las causas segundas para que obrasen, pero sin dejar de obrar con ellas”: EA120.

1.3. Dios creó el mundo para *hacerlo*

Entonces, Dios creó las cosas primero sin intervalos de tiempo y luego “con estos intervalos” del tiempo (*temporum moras y per volumina saeculorum*) en los que nacen, viven y mueren los animales y todas las demás cosas: EA123-124; 127. Esta segunda creación “entra de lleno en el dominio de la investigación humana, y en escudriñar sus misterios es libre la ciencia del hombre mientras que no se extralimite más allá de lo que está a su alcance”: EA125; 128. Así que, una cosa es la creación primera y: “*aliter autem nunc, sicut ea videmus, quae per temporalia spatia creat, sicut usque nunc operatur*”: EA129, n.1; 143.

Y, así, los primeros gérmenes no quedaron estancados sino que “naturalmente siguieron el curso de su evolución hasta adquirir el complemento del ser individual a que estaban destinados”: EA130; 139. Con todo, para el P. Prada, S. Agustín no admite la teoría de Darwin ni la evolución de animales inferiores al hombre (Huxley), y piensa que al darwinismo le queda mucho para demostrar “*científicamente* el tránsito de una especie a otra; pudiendo estar seguros de que no llegará a conseguirlo”: EA132.

De todos modos, la visión cosmogónica de “S. Agustín resulta completa y admirable, como una concepción grandiosa digna de tan privilegiado ingenio”: EA144. Por lo demás, el día 7º sería “el conjunto de todos los tiempos, de todas las edades, desde el momento en que Dios creó *el cielo y la tierra*, hasta la consumación de los siglos”: EA145. Y, a los sabios, para entenderlo les basta con “*perforar la corteza terrestre, para examinar sus estratos y formaciones, sus fósiles y yacimientos*

orgánicos”: EA146. S. Agustín, distingue bien entre creación primera y su posterior desarrollo en el tiempo, y la que “llamaríamos fabricación externa y temporal del Universo”: EA147-149.

Del mismo modo, para S. Agustín “la materia formada primitivamente” no es “lo mismo que la forma de los seres en su desarrollo y perfección natural definitiva”. Y, así, Agustín y la ciencia actual reconocen “que en el principio existió la materia que, mediante las transformaciones necesarias regidas por leyes físicas bien determinadas, dio origen a los mundos”: EA154-5. Así, se unen ciencia humana y “verdad revelada”: EA 155.

Es cierto que La Place no admite un Creador y Spencer niega la creación *ex nihilo*, pero la fe señala lo contrario: que no todo se reduce a mera materia: EA161. Para la ciencia cristiana ni el mundo es eterno ni se ha dado a sí mismo la existencia ni es mera casualidad ni puro azar, pues todo fue creado por Dios, tanto en su principio como en su nuevo proceso, de desarrollo posterior o final, en el que la Providencia no desaparece ni se esconde sino que siempre actúa junto a las causas segundas respetando la bases de semillas que Dios mismo puso en ellas para su posterior desarrollo: EA164-5 ⁴.

2. OTROS TEMAS IMPORTANTES QUE S. AGUSTÍN TRATA EN EL *DE GENESI AD LITTERAM*

Además, de la creación de la nada y de la creación simultánea y sucesiva, hay otros temas que S. Agustín aborda en esta obra. Aquí

4 Para la creación en S. Agustín cf.: ARTEAGA, R., *La creación en los comentarios de S. Agustín al Génesis*. Monografía: “Mayéutica” nº 2, Marcilla (Navarra) 1994, 374 pp. Estudio detallado de los comentarios de S. Agustín al *Génesis*. Recoge estudios internacionales y de agustinólogos españoles como R. Flórez y “Las dos dimensiones del hombre agustiniano”, S. A. Turienzo y “La unión sustancial del alma y el cuerpo”, L. Cilleruelo y “La formación de cuerpo en s. Agustín”, y de Marceliano Arranz, quizás el mejor especialista agustino en el tema de creación y ciencia, que no opta ni por el fijismo ni el evolucionismo, en S. Agustín, sino por un “sucesionismo” (p.179). La PL informa de un códice del “Del Génesis a la Letra” en Navarra. Y, también: SAETEROS, T., *Amor y conversión en san Agustín*. S. Agustín de Hipona y sus comentarios al Génesis, Ciudad Nueva, Madrid 2019, p. 376.

recogemos el sentido de su comentario al Génesis y esos importantes temas.

2.1. El sentido literal y el sentido figurado

Según S. Agustín es posible interpretar el *Génesis* en el sentido literal y en el figurado: GI 1.1. Así, en el Principio, creó Dios el cielo y la tierra, puede entenderse de su Verbo o del inicio temporal: GI 1.2. Agustín busca aquí el sentido histórico, hechos, y no “secretos alegóricos”: GI 27.34. Con todo, hay “quienes solo quieren entender el paraíso en sentido literal” otros “en sentido figurado” y otros: “ya en sentido literal, ya en sentido figurado”. Y: “confieso que me agrada la tercera concepción”: GVIII 1.1. Sobre este tema vuelve el Santo en: GIX 12.21; 12.22. Como dice él mismo: en los hechos y las palabras, hay que investigar su significado: “ya en sentido figurado, ya en sentido propio” (GXI 39.52; XI 1.2).

Así que hay sentido histórico y alegórico: ríos de agua y ríos alegóricos (GVIII 6.12; 7.13; 5.9). Pero: “el relato contenido en estos libros” no es “figurado, como en el caso del *Cantar de los cantares*, sino el lenguaje de los hechos históricos sin más, como ocurre en los Libros históricos y otros del mismo estilo. Solo que, como en estos se refieren cosas que pertenecen a la experiencia más habitual” (...) y “se los entiende en sentido literal, pero deduciendo luego el significado en perspectiva de futuro de los hechos históricos”; y, “en el Génesis se refieren hechos” que “no quieren que se entiendan en sentido literal, sino figurado, y pretenden que la historia, es decir, el relato propiamente histórico, comience a partir del momento en que Adán y Eva, expulsados del paraíso, tuvieron relaciones sexuales y engendraron”. ¡Como si fuera habituales los hechos extraordinarios!: GVIII 1.2. Pero, hablo “a quienes aceptan la autoridad de estas Escrituras”, ya que algunos sólo entienden el paraíso en sentido “figurado”: GVIII 1.4.

2.2. Materia y forma: Creación latente y patente

Como ya hemos visto, en la creación hay vida informe y vida formada: GI 3.8. Primero es toda la creación y luego por partes, pues

ella no quedará informe sino formada “por orden”: GI 5.9-11. Y, su forma es “sabia y bienaventurada”, obra del Padre, Hijo y E. Santo, “sobre-llevada” por el Amor (GI 6.12). Así, se vio que todas las cosas eran buenas “encumbradas por Dios”: GI 8.14. Muy pronto se nos dice: “Tú que hiciste el mundo de materia informe” (Sab 11,18): GI 14.28. La informidad se distingue de “las cosas formadas”, que eran el fin de la obra (informe), y que “aún le faltaba ser formada en las demás cosas corporales” y “nuevos seres”: GI 17.35. Pues, con el: *Y dijo Dios*, se indica “el orden que había de seguirse posteriormente en la formación de las cosas”, y como, con la materia-forma e informe-formación, se habla de las cosas que de “ella se hicieron”. Informe es toda criatura como “la tierra era invisible y desordenada” (GI 15.29- 30), pero al “hágase la luz”, todas son convertidas al Creador y formadas: GI 3.8. Pues, la Sabiduría fue creada y comunicada a las criaturas racionales y espirituales (Eclo 1,4; Sab 7, 27): GI 17.32.

En el Libro V, de esta obra, Agustín retoma estos temas de la materia y la forma, la creación en potencia y su desarrollo: Dios hizo todo simultáneamente, y, luego, hizo las “cosas creadas en el discurrir del tiempo, no simultáneamente”: GV 6.19; 7.20. Pues, Dios hizo “las razones inmutables” y “sigue obrando en el tiempo”: GV 12.27-28. Y, así, los pasos de la creación serían: 1º.- Dios crea “todas las cosas a la vez”. 2º.- Crea “agua y tierra en modo virtual y causal”. Y, 3º.- Hacen “su aparición en el curso de los tiempos”, por obra de Dios: GV 23.45. Y, en resumen: “Mi interpretación de las palabras de la Escritura me ha conducido a distinguir entre las obras de Dios que pertenecen a los días invisibles, en los que Dios creó todas las cosas simultáneamente, y las que pertenecen a estos en los que él obra a diario cuanto se desarrolla en el tiempo, a partir de aquellas a modo de envolturas primigenias”: GVI 6.9.

Pues, “estas cosas existen de una manera en la Palabra de Dios, donde estas cosas no han sido creadas, sino que son eternas; de otra en los elementos del mundo en los que están como realidades futuras todas las cosas creadas simultáneamente; de otra, en las cosas que, creadas simultáneamente según sus causas, ya no son creadas simultáneamente, sino cada una en su momento”: GVI 10.17; IV 33.52. Así que hay: “Creación latente y patente. La razón es que entonces había sido creado en la tierra de modo causal lo que la Escritura dice

que había producido la tierra, es decir, que entonces la tierra había recibido un poder latente, para producir tales árboles, en virtud del cual acontece que también ahora la tierra los produzca de forma manifiesta y en el momento que le corresponde”: GVIII 3.6-7.

2.3. ¿Todas las cosas pueden cambiarse en otras?

En el Libro III nos dice Agustín que: “Ha surgido una no pequeña disputa sobre la transformación de los elementos, incluso entre quienes lo han inquirido con máxima agudeza y tiempo libre de otras ocupaciones. Mientras unos afirman que todas las cosas pueden cambiar y transformarse en todo, otros sostienen que en cada elemento hay algo absolutamente propio que en ningún modo puede transformarse en otro elemento de naturaleza distinta. Quizá tratemos el tema más a fondo en otro lugar, si Dios quiere”: GIII 3.4. *Pero, en esta obra, no hemos visto que el Santo vuelva sobre este tema...*

2.4. Naturaleza del alma: su origen y destino

“Por consiguiente, es opinión sacrílega creer que ella y Dios son de la misma sustancia”. Así, según la fe: “el alma proviene de Dios en cuánto criatura suya, no en cuanto que posee su misma naturaleza”: GVII 2. 11.17. Los filósofos distinguen la naturaleza de Dios y la del alma, pero los maniqueos dicen que el alma es “lo que Dios es, sin más”. Pero, Él “es superior a toda criatura corpórea o espiritual” y hay que creer que: cuando él creó el alma, no la creó sacándola de sí mismo o de elementos corpóreos: GVII 4.6. Esta teoría se atribuye también a los Priscilianistas. Pero, sentencia Agustín: “con relación al alma que Dios insufló al hombre soplando en su cara, solo confirmo lo siguiente: que proviene de Dios, pero sin ser sustancia suya y sin ser corpórea; esto es, que no es un cuerpo, sino un ser espiritual, ni engendrada ni procedente de la sustancia de Dios, sino creada por Dios”. Pero ni “de un cuerpo” ni “de un alma irracional” sino “creada de la nada”: GVII 28.43.

Por eso, el alma humana ni es animal ni angélica ni divina. Y, el Santo mantiene con firmeza que el alma no se transforma en cuerpo, ni en alma animal, ni en Dios, ni el cuerpo en “alma irracional, ni en

la sustancia en la que Dios existe, ni en alma humana”: GX 4.7. Pues, el alma, no es nada “corpóreo” e, igual que Dios supera “a toda criatura, así el alma supera a toda criatura corpórea” (GVII 9.25). No es ninguno de los 4 elementos, y “tampoco es lo que es Dios”. Lo mejor es “llamarla alma o espíritu de vida”. Y: “-si fue algo antes- lo que fue fue obra de Dios, y también ahora ha sido hecha por Dios para existir como alma viviente”: GVII 21.30-31.

Entonces: “¿Qué argumento aducen los filósofos que juzgan que, después de la muerte, las almas de los hombres pueden transmigrar a las bestias o las de las bestias a los hombres? Sin duda, el hecho de que la semejanza de costumbres que lleva a los avaros a transformarse en hormigas, a los rapaces en milanos, a los crueles y orgullosos en leones, a los que buscan placeres inmundos en cerdos, y otros ejemplos que puedan ponerse”: GVII 10.15. Así, advierten al hombre de sus vicios. Pero la fe rechaza la transmigración de las almas o que el cuerpo se transforme en alma, pues, un cuerpo se transformará en otro, pero “transformarse en alma, es absurdo”: GVII 20.26; 9.13. “Por tanto, al ser realidad incorpórea, el alma actúa primero sobre el cuerpo, más cercano a lo incorpóreo, como es el fuego o, más bien, la luz y el aire y, por medio de ellos, sobre los restantes cuerpos”: GVII 15.21.

2.4.1. *Cómo hizo Dios el alma del hombre y de la mujer*

El alma de la mujer no proviene del hombre: “Baste tener en cuenta que el pasaje ofrecía la oportunidad más clara (para indicarlo): si no cuando la mujer fue formada, al menos cuando luego dijo Adán: *Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne* (Gén 2,23). ¡Con cuánta ternura y amor habría añadido: «y alma de mi alma»! Con todo, lo dicho no resuelve cuestión tan ardua como para quedarnos con una de esas opciones como si fuera manifiesta y segura”: GX 1.2. Tampoco hay traducianismo de las almas, pues el alma no viene de los padres ni es cuerpo, por mucho que diga Tertuliano: GX 20.35-36. Y, recalca el Santo: “Tertuliano creyó que el alma era un cuerpo por la única razón de no poder concebirla como realidad incorpórea, al temer que no fuera nada si no era un cuerpo. Ni siquiera fue capaz de pensar diversamente respecto de Dios. No obstante, como era un espíritu agudo, alguna vez se le impuso la verdad contra su mismo parecer”:

GX 25.41. Y, tampoco la Escritura nos permite “aceptar que Dios crea las almas” a partir de los ángeles: GX 5.8.

Por lo demás, Dios no crea el alma ni “para una tarea imposible, ni para una recompensa insignificante, pues si el alma, sometida a Dios por la piedad, triunfa por medio de la gracia sobre la ley del pecado que se halla en los miembros del cuerpo de esta muerte que el primer hombre recibió como castigo, recibirá el premio celestial con gloria mayor, mostrando cuánta alabanza merece la obediencia que pudo vencer con la virtud el castigo debido a la desobediencia ajena”: GIX 11.19.

2.5. El Hombre imagen de Dios

El: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”, quiere decir a imagen de Dios Uno y Trino, y, la imagen, como “forma inteligible de mente iluminada” (GIII 19.29-30); y, para “conocer al Verbo de Dios por el cual fue hecho” (GIII 20.31-32), pues, el alma sirve, para el gobierno temporal y para “la contemplación eterna”, al hombre y la mujer: GIII 22.34. Pero, la sentencia: *Creced y multiplicados*: “fue necesario repetirla, en el caso del hombre, no fuera que alguien dijera que hay pecado en el cumplimiento del deber de engendrar hijos, como lo hay en la libido, sea en el caso de la fornicación, sea en el uso inmoderado -más bien, abuso- del matrimonio”: GIII 13.21. Y, en fin, al decir: Todas las cosas eran “muy buenas”, quizás no lo dijo sólo del hombre en previsión del pecado: GIII 24.36-37.

2.6. El descanso de Dios y nuestro descanso

“Según eso, ¿qué queda sino entender que tal vez otorgó a la criatura espiritual –entre las que creó también al hombre– hallar descanso en él, después de llevarla a su perfección por obra del Espíritu santo, que *derrama la caridad en nuestros corazones* (cf. Rom 5,5), para que el peso del deseo nos lleve al lugar en que, una vez llegados, descansaremos, sin buscar ya ninguna otra cosa? Igual que es correcto decir que es Dios quien obra lo que obramos nosotros, por el hecho de que él obra en nosotros, es también correcto decir que Dios descansa cuando, por don suyo, descansamos nosotros”: GIV 9.

Pues, como dice Agustín: “Dios ni se fatigó al crear, ni, una vez que acabó, recuperó fuerzas, sino que, por medio de su Escritura, quiso exhortarnos a desear el descanso, haciéndonos saber que él declaró sagrado el día en que él descansó de todas sus obras”. Y, “únicamente quiso declarar sagrado el día en que descansó de todas sus obras que hizo, como si también ante él, que no se fatiga en absoluto al obrar, tuviese más valor el descanso que la actividad”. Eso mismo nos dice el Evangelio de Marta y María. Pero, ¿cómo descansó Dios? Veo “dos cosas que no admiten duda: ni Dios se recreó en cierto descanso temporal como después de la fatiga o la anhelada conclusión de lo que tenía entre manos, ni estas Escrituras, que descuellan por su gran autoridad, afirmaron sin motivo y falsamente que Dios descansó el séptimo día de todas sus obras, que hizo, y que por esa causa declaró sagrado ese día”: GIV 14.25.

Y, así: “Nos alejaríamos de la piedad si quisiéramos asemejarnos a Dios descansando en nosotros mismos de nuestras obras, igual que él descansó en sí mismo de sus obras. No cabe comparación”. Pues sólo descansamos en Él que nos hizo. “Es un gran bien para nosotros haber recibido de él la existencia, pero mayor será el haber descansado (*quievisse/ requievisse*) en él, de la misma manera que él no debe su felicidad al haber hecho estas cosas, sino a que, al no necesitar de las obras hechas, descansó en sí mismo en vez de en ellas”: GIV 17.29.

2.6.1. *Dios mueve todo sin moverse en el tiempo ni en el espacio*

“Estando así las cosas, Dios, que todo lo puede y todo lo mantiene, siempre idéntico por su inmutable eternidad, verdad, voluntad, sin moverse ni en el tiempo ni en el espacio, mueve en el tiempo a la criatura espiritual, y en el tiempo y en el espacio a la criatura corpórea. A las naturalezas que constituye (*substituit*) interiormente, con ese movimiento las gobierna también exteriormente, sea por medio de voluntades que le están sometidas, a las que mueve en el tiempo, sea por medio de los cuerpos sometidos a él y a las voluntades que mueve en el tiempo y en el espacio. Pero un tiempo y espacio, cuya razón (causal) es vida en Dios mismo fuera del tiempo y del espacio”. “Asimismo, excluido todo intervalo o espacio temporal, por su inmutable eternidad es más antiguo que todos los seres, porque existe antes de

todos, y más nuevo que todos, porque él es siempre el mismo después de todos”: GVIII 26.48. Por lo demás, en el mundo natural, el tiempo y el movimiento van siempre unidos: GV 5.12.

2.7. Inocencia, obediencia y pecado

Quién “se complace en el bien sin haber experimentado el mal”, “ha de ser alabado sobre todos los hombres”. Eso hizo el Emmanuel, “Palabra encarnada entre Dios y nosotros. De él dice, en efecto el profeta: *Antes de que el niño conozca el bien o el mal, despreciará el mal para elegir el bien* (Is7,16)” (GVIII 14.32), pues, “el que peca solo busca librarse del dominio de Dios”, pero debería pensar antes que lo ha “mandado su Señor. Y, si solo eso tiene en cuenta, ¿tiene en cuenta otra cosa que la voluntad de Dios? ¿Qué otra cosa ama sino la voluntad de Dios? ¿Antepone a la voluntad humana otra cosa que la voluntad de Dios? Por qué lo ordenó Dios es cosa suya; al siervo no le queda sino hacer lo mandado y quizá entonces quien lo merezca pueda ver por qué lo mandó”. Con todo, es de gran utilidad para el que sirve a Dios, pues “al mandarlo Dios convierte en útil cuanto quiso mandar, sin que quepa el temor de que pueda mandar algo no útil”: GVIII 13.30. Por eso, para el hombre es una gran desgracia, oponer su voluntad a la “de quien es superior a él” y “al despreciar el precepto de Dios” vio la diferencia “entre el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia –es decir, del orgullo y la obstinación–, de una engañosa imitación de Dios y de una libertad nociva”: GVIII 14.31.

2.7.1. Orgullo humano, tentación contra el Creador y pecado

Dice el apóstol: *cada uno es tentado por su concupiscencia que le arrastra y le seduce* (St 1, 14). Y, concluye Agustín: “Por lo cual, una vez curada la hinchazón del orgullo, se levanta, si la voluntad de permanecer con Dios que le faltó antes de haber sufrido la experiencia, se hace presente –al menos después de ella– para volver a Dios” (GXI 6.8). Pero, “al alma que se enorgullecía de sí y que como que confiaba demasiado en su propia virtud había que mostrarle con la experiencia del castigo que la naturaleza creada no se encontrará bien si se aparta de su autor”: GXI 5.7.

Así: “Dios prevé que unos van a ser buenos y los crea; prevé que otros van a ser malos y los crea, dándose a sí mismo a los buenos para que disfruten de él, otorgando muchos de sus dones incluso a los malos, perdonando (a unos) con misericordia, castigando (a otros) con justicia, y al mismo tiempo castigando con misericordia, perdonando con justicia, sin temer nada de la malicia de nadie, sin necesitar nada de la justicia de nadie, sin pensar en sí mismo cuando obran bien los buenos y pensando en los buenos cuando castiga a los malos”: GXI 11.15. Ahora bien: “También yo concedo que es mejor una naturaleza que rehusara pecar, pero ellos han de conceder asimismo que no es mala la naturaleza que fue creada tal que podría no pecar, si no quisiera, y que es justa la sentencia por la que fue castigada la naturaleza que pecó por voluntad propia, no por necesidad” (GXI 7.9), y, como si no necesitase a Dios. Así, se realizan la misericordia, la justicia de Dios y la libertad humana: GXI 8.11; 9.12.

Muchos: “De hecho, son incapaces de comprender que todo cuanto existe, en cuanto es una sustancia, es un bien y no puede recibir el ser sino del Dios verdadero del que proviene todo bien, y que, al contrario, el anteponer bienes inferiores a los superiores, se debe a que la mala voluntad se mueve fuera del orden. Y, así, sucedió que el espíritu de la criatura racional, complaciéndose en la excelencia de su propio poder se hinchó de orgullo, por el que cayó de la bienaventuranza del paraíso espiritual consumiéndose de envidia”: GXI 13.17. Así que: “Con razón la Escritura definió el orgullo como comienzo de todo pecado cuando dice: *El comienzo de todo pecado es el orgullo* (Eclo10, 13)”, y, como “dice el Apóstol: *La raíz de todos los males es la avaricia* (1Tim 6,10)”. Si entendemos avaricia desear “más de lo que conviene, en razón de la excelencia que se atribuye y de cierto amor a lo propio, al que sabiamente la lengua latina puso nombre al llamarlo ‘privado’, término que resalta más una pérdida que una ganancia, dado que toda privación implica disminución. Por tanto, lo que el orgullo pretende usar para descollar sobre los demás es lo que arrastra a la estrechez y la penuria, al pasar del bien común al bien propio, movido por un dañino amor a sí mismo”: G XI 15.19.

Así, los primeros padres, al “transgredir el precepto, (quedaron) completamente desnudos, al haberles abandonado interiormente la gracia, a la que se habían resistido con cierta hinchazón y orgulloso

amor de su propio poder, dirigieron los ojos a sus miembros (genitales) y, tras experimentar en ellos un movimiento desconocido hasta entonces, sintieron un recíproco deseo concupiscente. Con esta finalidad se les abrieron los ojos, que antes tenían abiertos para ver otras cosas, pero no la indicada”. “Finalmente, a causa de esa turbación corrieron en busca de hojas de higuera (Gén 3,7); uniéndolas, se hicieron unos cinturones y los miembros que no sentían ya como motivo de gloria, los cubrieron como causa de vergüenza. No pienso que pensasen en alguna razón por la que les pareciese congruente cubrir con tales hojas los miembros en los experimentaban una picazón, sino que les movió a ello un impulso interior surgido de aquella turbación, de modo que, aun sin saberlo ellos, eran un signo de su castigo que, experimentado, los dejaba convictos de su pecado y, escrito, servía de enseñanza al lector”: GXI 31-32.41-42. Y, ahí vemos: “¡Qué orgullo! ¿Acaso dijo: «He pecado»? Adán manifiesta la deformidad de verse turbado, pero no la humildad de confesarlo. El mismo interrogatorio tuvo lugar para que estas cosas se escribiesen conforme a la verdad y fuesen útiles”, pues sin verdad no hay utilidad. “El objetivo era que sirviesen como advertencia sobre el mal del orgullo que hoy fatiga a los hombres que no buscan otra cosa que atribuir al Creador el mal que hayan podido realizar, a la vez que quieren atribuirse a sí mismos el bien que hayan podido realizar”: GXI 35.47. Por lo demás: el Apóstol dice: *Sed unos siervos de los otros por amor* (Gál 5,13), pero no dice: “«Dominaos los unos a los otros». Los esposos pueden servirse mutuamente por amor, pero el Apóstol no permite que la mujer tenga dominio sobre el varón. La sentencia de Dios confirió este dominio al varón; pero que la mujer mereciese tener al marido como señor no se debe a su naturaleza, sino a su culpa. Solo que, si no respeta ese dominio, su naturaleza se depravará más y aumentará su culpa”: GXI 37.50.

“A algunos les ha parecido también que los dos primeros hombres usurparon el matrimonio, al unirse sexualmente antes que se lo mandase Dios que los había creado, realidad significada en el término «árbol», que se les había prohibido tocar hasta que llegase el tiempo oportuno para unirse. ¡Como si tuviéramos que creer que fueron creados en una edad tal que tuviesen que esperar la madurez de la pubertad, o que la legitimidad del acto no coincidía con su posibilidad física, puesto que, faltando la posibilidad, faltaría ciertamente la ac-

ción!”, o necesitaran capitulaciones matrimoniales. “Esto es ridículo; además implica prescindir del sentido literal de los hechos, que asumí respetar y que, en cuanto el Señor me lo ha concedido, he respetado”: GXI 41.57.

Por lo demás Salomón, con su gran sabiduría, no veía ninguna “utilidad en tributar culto a los ídolos”. Pero no resistió “al amor de las mujeres que le arrastraba a ese mal. Hacía lo que sabía que no debía hacer para no entristecer a (las mujeres), placeres mortíferos para él, pues significaban su perdición y su ruina (cf. 1Re11, 4)”. Así, Adán, cuando la mujer le dio para que comiera “no quiso ponerla triste, pues creía que, si no accedía a su deseo, podía derrumbarse al verse alejada de su corazón, y hasta podía morir por esa falta de concordia entre ellos” (cf. *ciu* 14,11(2)). Adán no comió del fruto prohibido por “la concupiscencia”, que “aún no había experimentado” (Rom 7,23), “sino por cierta benevolencia propia de amigos que, a menudo, para evitar que un hombre se enemiste con otro, lleva a ofender a Dios. Qué él no debió actuar así lo indicó el resultado, justo, expresado en la sentencia divina”: GXI 42.59.

2.7.2. *Orgullo y pecado del diablo: justicia y misericordia*

“La Escritura, pues, no indica cuándo el orgullo derribó al diablo, corrompiendo su naturaleza buena con su depravada voluntad. No obstante, la razón permite ver claramente que tuvo lugar antes de la creación del hombre y que, a causa de ella, sintió envidia de él”. En efecto, se ve que no nace el orgullo de la envidia sino la envidia del orgullo. Se puede pensar con fundamento que el diablo cayó por su orgullo, y que “apostató de su Creador desde el comienzo mismo de la creación, conforme a lo que dice el Señor: *Él era homicida desde el comienzo y no permaneció en la verdad* (Jn 8,44)”: GXI 16.21. “Por consiguiente, en ningún modo hay que creer que en el diablo ha de ser castigada la naturaleza que Dios creó, sino su propia mala voluntad”: GXI 21.28. Y, su caída se entiende así: “se corrompió por propia voluntad” y no: “fue creado malo por el Dios bueno”. “Al contrario, cayó nada más ser creado al apartarse de la luz de la verdad, hinchado de orgullo y corrompido por la satisfacción que le producía su propio poder. Por tanto, no probó la dulzura de la vida bienaventurada y

angélica; vida que no le produjo hastío, una vez probada, sino que abandonó y perdió al no querer aceptarla”: GXI 23.30.

“Y así, con el nombre «Lucifer» –astro que se alzaba en la mañana y cayó– puede designarse al conjunto de quienes apostatan ya de Cristo, ya de la Iglesia, porque, una vez perdida la luz que poseían, se convierten en tinieblas, igual que los que se convierten a Dios pasan de las tinieblas a la luz, esto es, los que fueron tinieblas, se vuelven luz en el Señor (cf. Ef 5,8)”: GXI 24.31. Por lo demás: “el diablo tiene la voluntad de tentar”, pero no el poder de hacerlo, y tentó lo que se le permitió y “como se le permitió. Pero él no sabía a qué clase de hombres sería de utilidad su tentación ni deseaba esa utilidad y, por eso mismo, era objeto de la burla de los ángeles”: GXI 27.34. “En efecto, los ángeles buenos y los malos realizan ciertas obras semejantes, igual que Moisés y los magos del faraón (Éx 7,10ss)”, pero los ángeles buenos son poderosos y los malos nada pueden “salvo lo que les permite Dios por medio de los ángeles buenos. La finalidad es retribuir a cada cual según su corazón o según la gracia de Dios, pero en ambos casos de forma justa y bondadosa, debido a la profundidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios (cf. Rom 11,33)”: GXI 29.37).

2.8. Del bien del matrimonio

“Este bien incluye tres aspectos: la fidelidad, la prole, el sacramento. En relación con la fidelidad, se atiende a que, fuera del vínculo conyugal, nadie mantenga relaciones sexuales con otra u otro; en relación con la prole, a que se la acoja con amor, se la nutra con cariño, se la eduque en la religión; en relación con el sacramento, a que el matrimonio no se rompa y a que el despedido o la despedida no se una a otra o a otro, ni siquiera pensando en la procreación”: GIX 7.12. Ahora bien, “¿para qué clase de ayuda se le creó una mujer al varón, si en el paraíso no les estaba permitido unirse sexualmente para engendrar hijos? Quienes así opinan, quizá piensan que toda unión sexual es pecado”. Aquí, vemos cómo “cuando los hombres evitan vicios de forma equivocada”, caen “perniciosamente en sus contrarios”: GIX 8.13.

Y, aunque la Escritura dice que Adán y Eva engendraron solo una vez “expulsados del paraíso, no veo qué podía impedir que ya en el paraíso su unión fuera un matrimonio respetable y su lecho nupcial inmaculado”: GIX 3.6. “Estando así las cosas, ¿por qué no creer que, antes de pecar, aquellos hombres pudieron dar órdenes a los miembros genitales con vistas a engendrar hijos –igual que a los demás miembros a los que el alma mueve para cualquier acto?”. “De esa manera, ni el varón inseminaría con pasión ni la mujer pariría con dolor”. Pero, al pecar, sufrieron el movimiento que “se opone a la ley de la mente, movimiento que el matrimonio somete a un orden, que la continencia reprime y refrena a fin de que, igual que el pecado produjo el suplicio, así transforme el suplicio en mérito”: GIX 10.18.

2.9. Los Astrólogos y las influencias en la vida humana

Los Astrólogos insisten en la influencia de los astros en la vida humana. S. Agustín lo niega. De vez en cuando los Papas han advertido de no dejarse embaucar por estas teorías tan presentes en los horóscopos y en la Prensa diaria actual. Para S. Agustín esto es acusar a Dios de cosas abominables, que por otra parte son falsas, como puede comprobarse por la vida de los mellizos que resulta ser tan diferente: uno feliz y otro desgraciado. Por tanto no debemos fiarnos de los astrólogos ni de “impíos adivinos”: GII 17.35-37.

2.10. Providencia de Dios y agricultura, animales raros y dañinos

Dice Agustín: Dios a ciertos animales, “los creó diminutos en cuanto al cuerpo, pero dotados de alma con sentidos muy agudos, de modo que, si prestamos algo más de atención, la agilidad de una mosca que vuela nos causa más estupor y admiración que una imponente caballería que camina, y el trabajo de las hormigas nos produce más asombro, que la pesada carga que soportan los camellos”, y admiración de “su Creador”: GIII 14.22.

Vemos, más claramente, la divina providencia en el trabajo agrícola que puede hacerse por afición o como castigo: GVIII 8.15-16; 9.18. Se puede cultivar, trabajar y cuidar felizmente para servir a Dios y para utilidad propia, pues Él mismo, “es la suma utilidad y salva-

ción”: GVIII 10.23; 11.24. Así, nos unimos a la obra de Dios: “Precisamente por eso, cuando Dios no se retira de él, con su presencia lo hace justo y lo ilumina y lo hace feliz al labrarlo y custodiarlo, al mismo tiempo que se muestra como señor de quien le obedece y se le somete”: GVIII 12.25. En cuanto a los animales dañinos, pueden verse como castigo del pecado y como tentaciones que prueban al hombre. Los animales dañinos, y los otros muestran el dolor de la propia defensa: GIII 16.25. Y, en los abrojos, espinas, etc., hay también utilidad para algunos animales. Si no la vemos, podemos preguntar a los sabios. También aparecen como castigo del pecado, pero eso no fue lo primero: GIII 18.27-28.

2.11. El Apóstol elevado al tercer cielo y las diversas clases de visiones

En once libros ha comentado, el *Génesis*, hasta la expulsión del hombre del paraíso. “En ellos he escrito lo que he podido y como he podido: tanto lo que consideraba seguro –afirmándolo y defendiéndolo–, como lo que no ofrecía seguridad, investigando, opinando y dudando”. En relación con esto último, “mostrando mis dudas para que otros me enseñen, y procurando evitar en el lector afirmaciones temerarias allí donde no fui capaz de ofrecer una doctrina bien fundada”: GXII 1.1. Ahora escribirá con más libertad del tercer cielo del Apóstol.

Y, para comenzar: “Las tres clases de visiones –la corporal, la espiritual y la intelectual –han de ser examinadas una a una, a fin de que la razón se eleve de la inferior a la superior”: GXII 11.22. Pues, en la misma alma (*anima*) se producen unas visiones “mediante el cuerpo, como este cielo corpóreo y la tierra”. Otras se ven “con el espíritu, semejantes a los cuerpos”, de las que “he hablado mucho, y las que se entienden con la mente”. Entre ellas hay un orden. “En efecto, la visión espiritual es superior a la corpórea y, a su vez, la visión intelectual, superior a la espiritual”: GXII 24.51. La visión «intelectual», “supera a las otras dos y es propia de la mente”, pues, en “la visión corporal” y la “mediante imágenes”...“los buenos espíritus instruyen y los malos engañan. En cambio, la visión intelectual nunca se engaña,

pues, o no entiende quien piensa algo distinto de lo que es en realidad, o, si entiende, es verdadero desde el primer momento”: GXII 14.29.

Pero, Agustín toma precauciones: preferiría escuchar a otros antes de hacer “una exposición mía. Sin embargo, no ocultaré lo que pienso a fin de que ni los instruidos se rían de mí como uno que afirma, ni los no instruidos me tomen por uno que enseña, sino que ambos me vean como uno que debate e indaga más que como uno que sabe”: GXII 18.39. Con todo, *estas distinciones de S. Agustín ayudaron mucho a los Confesores o Defensores de Sta. Teresa, como S. Juan de Ávila o el P. Báñez, previniéndole contra la imaginación, “la loca de la casa”, y para que se fiase de la visión intelectual.* De hecho, “el Apóstol llamó tercer cielo a esta tercera clase de visión”, superior a todas, pues, “en esta clase de visión se ve la gloria de Dios, cuya visión reclama la limpieza del corazón”: GXII 28.56.

Concluyendo, el primer cielo sería “toda la realidad corpórea que está por encima de las aguas y de la tierra”, el 2º se “ve con el espíritu como semejanza de cuerpos”, como ve Pedro en (Hch 10,10-12), y el 3º “el que se percibe con la mente de tal manera” “purificada, que, de forma inefable, es capaz de ver y oír, mediante el amor del Espíritu santo, todo lo que hay en ese cielo y la misma sustancia de Dios y la Palabra de Dios, por medio de la cual fueron creadas todas las cosas (cf. Jn 1,3)”. Así, el Apóstol habría sido arrebatado a ese lugar, donde está “el paraíso de los paraísos” y la “alegría” superior “que se halla en la Palabra de Dios por la que fueron hechas todas las cosas”: GXII 34.67.

Y, “entonces habrá estas tres clases de visiones”, pero sin error alguno ni en las “corporales, ni en las espirituales, ni mucho menos en las intelectuales”, de las que “el alma disfrutará”. Pero, ahora vemos, con menor claridad, “las formas corpóreas que percibimos con los sentidos de la carne” y muchos que creen que solo existen estas, y creen “que no existen las que no son así”: GXII 36.69. Algunos “expusieron laudablemente” este tema de: “el hombre corpóreo, el “animal” y el “espiritual”, y, que el Apóstol fue a contemplar “la clase de realidades incorpóreas que los hombres espirituales aman, ya en esta vida, por encima de las demás cosas, deseando gozar de ellas”. Si, lo que he escrito, “lo he expuesto en la forma debida, el lector espiritual lo

aprobará; el que no lo es obtendrá de su lectura algún provecho para, con la ayuda del Espíritu santo, llegar a serlo. Así concluyo, por fin, esta obra que, completa, consta de doce libros”: GXII 37.70.

3. LO QUE DICE SAN AGUSTÍN EN LAS CONFESIONES (XI-XIII)

3.1. Agustín quiere saber cómo “en el principio creó Dios el cielo y la tierra”

Recordamos aquí algunos textos de los últimos libros de las *Confesiones*, pues el mismo Agustín nos impone el tema cuando, en sus *Revisiones*, al hablar de esa obra, dice: “Del libro primero al décimo tratan de mí; en los tres restantes, de las Sagradas Escrituras, sobre aquello que está escrito: “*En el principio hizo Dios el cielo y la tierra*”, hasta “*el descanso del sábado*” (*Retract.* II, 6: PL32, 632). Por lo demás, aparte de que: “Grande es el Señor y muy digno de alabanza”, y que: “todo esto lo hago por amor de su amor”⁵, el Santo mismo nos explica que hace esto porque: “el Espíritu, maestro de tu siervo refiere que tú hiciste *en el principio el cielo y la tierra* (Gn1, 1)” (XII 9,9:PL32, 829). Y, además, quiere beber en la fuente de Dios “para vivir de ella” y “dar crédito a tus libros”. Como dice él mismo: “*¡Oh verdad, luz de mi corazón, que no me hablen mis tinieblas! He ido deslizándome en estas realidades de aquí y me he quedado a oscuras. Pero, incluso desde ellas, sí, desde ellas, te he amado intensamente. Anduve descarriado y me acordé de ti. Detrás de mí oí tu voz que me gritaba que volviese, pero apenas puede percibirla debido al alboroto de los que no poseen la paz. Y ahora, mira, vuelvo sediento y anhelante a tu fuente. Que nadie me corte el paso. Voy a beber en ella y voy a vivir de ella. Que no sea yo mi propia vida. He vivido mal al querer vivir de mí. He sido personalmente el causante de mi muerte. En ti estoy comenzando a revivir. Háblame tú, charla conmigo. He dado crédito a tus libros, y sus palabras son misteriosas*” (XII 10,10:PL32, 830).

5 Para las citas en español utilizamos la traducción del muy buen latinista y escritor P. José Cosgaya, OSA, publicada en el centenario de S. Agustín, *Confesiones*, BAC, M., 1986, XI 1,1: PL 32,809. En adelante, citamos solamente el libro y los apartados. Al lector más exigente le remitimos al Migne: PL.

Entonces, al comenzar el libro XI, Agustín da gracias a Dios por llamarnos a vivir la vida de las Bienaventuranzas, a *ser pobres, mansos y limpios de corazón*, y le pide que lleve a cabo la “total liberación”, de nuestra miseria por su misericordia, que ya ha comenzado, para que dejemos de *ser desgraciados en nosotros* y *“seamos felices en ti”* (XI 1,1:PL32, 809). Él ya arde en deseos de “meditar su ley” y le pide a Dios que “tus Escrituras constituyan para mí un encanto lleno de pureza. Que no me engañe en ellas ni con ellas sirva de engaño a otros” (XI 2,2:PL32, 810). Y, ruega a Dios que realice su obra en él y le abra sus páginas “colmadas de secretos” pues ha dicho que *al que llama se le abre*, para que su voz sea “el colmo de todos los deleites”, pues Dios nos buscó por su Palabra que tiene todos los secretos de la Escritura y la Verdad (XI 2,4:PL32, 811).

Todos los seres proclaman que “no se crearon por sí mismos” sino que existen porque: *“hemos sido hechos”* (XI 4,6:PL32, 811). Dios siempre existió y Él nos llama a “comprender la Palabra junto a ti, Dios junto a Dios” (XI 7,9:PL32, 813), y creó todas las cosas “con la Palabra” que es el Principio. Y, así: “En el Principio, oh Dios, creaste el cielo y la tierra. En tu Palabra, en tu Hijo, en tu Poder, en tu Sabiduría, en tu Verdad, extraordinaria en el hablar y extraordinaria en el obrar” (XI 9,11:PL32, 813). Así, Agustín se *horroriza* y se *enardece* por su cercanía a Dios y su desemejanza con Él (XI 9,11:PL32, 813). Pero, en todo caso, Él es nuestra esperanza ya que somos obra suya, aunque nosotros somos temporales y Él eterno.

3.2. ¿Qué es el tiempo?

Aquí, comienza Agustín el famoso tratado del tiempo, del libro XI de *Las Confesiones*, tan celebrado por Husserl y Heidegger el autor de *Ser y tiempo*. Dejando las bromas, aparte, sobre qué hacía Dios antes de crear el mundo: pues nada o preparar “los infiernos para los que se meten en estas honduras” (XI 12,14: PL32, 815). O, si Dios creó el mundo, y la respuesta es no, porque si sus ministros-sacerdotes nunca han trabajado cómo iba a trabajar su jefe. Recordar, que el sacerdocio es una profesión liberal, no servil-de siervos. Pues bien, S. Agustín nos expone la idea exacta del tiempo, al unir pasado, presente y futuro, que va preparando ya en XI 11,13 (PL32,814), como un reflejo de la

eternidad, e introduce la idea de que sin mundo no hay tiempo, ni hay “*entonces* donde no existía el tiempo” (XI 13,15:PL32,815).

Luego, aparece también la curiosa idea que sé lo que es el tiempo: “Si nadie me lo pregunta”, “pero si trato de explicárselo a quién me lo pregunta, no lo sé” (XI 14,17: PL32, 816). Y, por fin, ya la definición arrolladora aun con cierta duda: “*Quizá sería más exacto decir que los tiempos son tres: presente de lo pretérito, presente de lo presente y presente del futuro*” (XI 20,26:PL32, 819). O, sea que: el tiempo es presencia del pasado o memoria, presencia del presente o visión y presencia del futuro o expectativa. También dice Agustín que el tiempo es una cierta “distensión” del alma. Así que: “el tiempo no es más que una distensión”. Y: “Sería sorprendente que no fuera una distensión del mismo espíritu” (XI 26,33:PL32, 822). Y, por eso, decimos que “tengo o no tengo tiempo” o que “ando escaso de tiempo” e incluso que, si hace falta, “hacemos tiempo”. Pues: “Es en ti, espíritu mío, donde yo mido el tiempo. No me molestes porque es así” (XI 27,36:PL32, 823). Eso hace el espíritu con “la expectación, la atención y la memoria” (XI 28,37:PL32, 824). Y, así ocurre en la historia de cada hombre y en toda la historia humana (XI 28,38:PL32, 825). Pero ahora, Agustín quiere vivir en tensión hacia la llamada de las delicias celestiales, “que ni vienen ni pasan”, para que Dios Padre eterno sea su alivio. Pues: “Mis pensamientos, que son las íntimas vísceras de mi alma, *se ven despedazados hasta el día en que, purificado y derretido por el fuego de tu amor, me funda contigo*” (XI 29,39:PL32, 835) (cursiva mía).

3.3. La profundidad de las Escrituras y el amor del Creador

Así, “son muchas la cosas a las que aspira mi corazón”, “sacudido por las palabras de tu santa Escritura”, que no engaña, pues quién “promete es la Verdad” (XII 1,1:PL32, 826). Así, antes de formar cielo y tierra, Dios creó una entidad “privada de todo tipo de forma” (XII 3,3:PL32, 827), “algo informe y casi nada” (XII 6,6:PL32, 828; X 8,8:PL32, 829). Pero, el Dios santo y Trinidad hizo “de la nada el cielo y la tierra” (XII 7,7:PL32, 828), y Él es “eterno, el único que posee la inmortalidad” frente a los seres inferiores (XII 11,11: PL32, 830). Estos son dichosos por tenerte a Ti “como su eterno morador e iluminador” (XII 11,12:PL32, 830). Y, así, es dichosa el alma que

“tiene sed de Ti”, y, una sola cosa te pide: *“vivir en tu casa todos los días de su vida* (Sal 26,4). ¿Y cuál es su vida sino Tú? Y, ¿qué son tus días sino tu eternidad?” y “estar incesante e ininterrumpidamente unida a ti” (XII 11,13:PL32, 831). Agustín siente con: “Asombrosa profundidad la de tus Escrituras” que dan “vértigo de respeto y temblor de amor” y rechaza a los enemigos de la “eternidad del Creador” pues todo procede de “el sumo Bien, porque es el Ser sumo” y la fuente de la Sabiduría creada habitante de la ciudad de arriba, libre y eterna, “nuestra madre” (XII 15,18-20:PL32, 832-833).

Hacia ella peregrinamos. Y: “A quién te hizo le digo que me posea también a mí en ti, porque también me hizo a mí. Anduve perdido como oveja descarriada, pero tengo la esperanza de verme llevado en los hombros de mi pastor, que es también tu constructor” (XII 15,21:PL32, 833) y su “bienestar siempre unida a Dios” (XII 15,22:PL32, 834). A los que la rechazan, Agustín les pide que abran un camino hacia esa Jerusalén, “mi patria” y “mi madre”, cuyo Dios es su rey y su esposo, sus “delicias castas e intensas”, y del que él no se apartará *“hasta tanto me recojas, todo cuanto soy, de esta dispersión y deformidad, me conformes y confirmes eternamente, Dios mío y misericordia mía, en la paz de aquella madre castísima, donde están las primicias de mi espíritu y de donde me viene la certeza de todo esto”* (XII 16,23:PL32,834)(cursiva mía).

3.4. Sentidos de “cielo y tierra”

Por otra parte, el significado de “cielo y tierra” sería la síntesis de “la totalidad del mundo visible” (XII 17,24:PL32, 835). Otros dirán que “cielo y tierra” designan todas las obras visibles e invisibles, materiales y espirituales, en un caso “informes”, sin haberlas desarrollado, y en otro con “los seres separados y debidamente ordenados” (XII 17,25-26:PL32, 835). Agustín no ve problema en estas “interpretaciones diversas” (XII 18,27:PL32, 836). Lo cierto es que todas son obra de Dios y de Él “proceden todas”, aunque “todas las cosas formadas de una materia informe primero fueron informes y luego formadas” (XII 19,28:PL32, 836). Con todo, por “creó Dios el cielo y la tierra”, unos entienden “la materia informe de la criatura espiritual y la corporal”, donde el cielo y la tierra estaban aún confusos (XII 20,29: PL32, 837). Otros que “Dios hizo toda la masa de este mundo corpóreo, con todas

las naturalezas manifiestas y conocidas que contiene” y ahora vemos. Otros, por cielo y tierra entienden la parte “superior e inferior, con la totalidad de las criaturas que en ellas hay y que nos son conocidas y familiares” (XII 21,29-30:PL32, 836-837).

Dice Agustín que la Escritura apenas habla de “la materia informe” pero que tampoco cita otros seres como la diversidad de ángeles, y, por eso, no hay que hacer la materia “coeterna con Él” aunque el relato no diga cuando fue creada (XII 22,31: PL32, 838). Y, en cuanto a las discrepancias, lo importante es: “Que juntos nos acerquemos a las palabras del Libro” y: “Que busquemos en ellas Tu voluntad a través de la voluntad de tu servidor por cuya pluma nos las ha comunicado” (XII 23,32; 24,33:PL32, 839). Y, que esas discrepancias no vengan de aferrarse al “propio parecer no por ser cierto, sino por ser suyo”, pues todos debemos amar la verdad que “no es mía” sino “de todos” y participar “en el bien común” sin rebotarse al propio. Así, el *estudio de la Ley nos lleva a “la caridad” y a “la verdad inmutable”, a no inflarnos “con motivo de lo que está escrito” y a amar a Dios y al prójimo* (XII 25,34-35: PL32, 839-840) (cursiva mía).

3.5. Aprender de la Escritura guía de las naciones

A Agustín le hubiera gustado ser Moisés para “dispensar, por medio del ministerio de mi corazón y de mi lengua, aquellas Escrituras que en el futuro habían de redundar en tanto provecho a todas las naciones y que, desde la cumbre de su autoridad, iban a prevalecer por encima de todas las palabras del orgullo y de la mentira por todo el orbe de la tierra” (XII 26,36:PL32, 841). Pues la Escritura es una fuente que riega a todos con su “límpida verdad” y edifica de forma “sana su fe, por la que sostienen con firmeza que Dios hizo todas las naturalezas que sus sentidos perciben en toda su maravillosa variedad” (XII 27,36: PL32, 841). Y, pide el Santo que si algún “pollito implume” se sale de ese nido de las Escrituras que su ángel “lo reponga en el nido hasta que aprenda a volar” (XII 27,37: PL32, 841). Hay otros que ya revolotean por esas arboledas, con diversas interpretaciones, del cielo y la tierra, informe o visible. En todo caso, dice Agustín: “Insólita y muy ardua, Señor, es la visión contemplativa de tu eternidad, creadora inmutable de realidades mudables, y por eso tiene prioridad sobre

ellas”. Lógicamente, la materia precede a lo que se hizo de ella, pero no es su causa, y ocupa el último lugar del escalafón porque “las cosas dotadas de forma son, lógicamente, más perfectas que las cosas informes. La precede la eternidad del Creador, para que fuese hecha de la nada la sustancia de la que fueran hechas todas las cosas” (XII 29,40:PL32, 843).

3.5.1. *Valorar las diversas opiniones con amor a Dios y al prójimo*

Ante esta diversidad de opiniones que Dios tenga piedad de nosotros y actúe de árbitro para que usemos “de la ley según el fin del precepto que es la caridad” (XII 30,41: PL32, 843). Dice Agustín que no sabe “El sentir de Moisés”, pero “sé que son verdaderas aquellas opiniones, excepto las carnales o materialistas, de las que he dicho lo que he considerado oportuno” (XII 30,41:PL32, 844). Pero, a “los pequeñuelos de buena esperanza no les asustan las palabras del Libro, sublimes en su humildad y copiosas en su concisión”: “Amémonos unos a otros” y amemos al “Dios nuestro, fuente de la verdad” y honremos a “tu servidor, dispensador de esta Escritura, lleno de tu espíritu” por “la luz de la verdad” y por “los frutos de la utilidad” (XII 30,41:PL32, 844).

Así, S. Agustín insiste en admitir todas las interpretaciones verdaderas, sean dos, tres o cuatro, y desde el fondo de su corazón declara que “preferiría escribir de modo que en mis palabras hallara eco todo cuanto de verdad pudiera captar cada cual en estos temas”, sin caer en falsedad, pues el que las escribió pensaba “toda la verdad que en ellas hemos podido encontrar y la que no hemos podido aun hallar, pero que puede encontrarse en ellas” (XII 31,42:PL32, 844). Y, si algo dejó de ver el escritor, lo mostrará el Espíritu “a los lectores del porvenir”, aunque “el sentido que él pensó sería, sin duda, el más relevante de todos”. En todo caso, que “seas tú el que nos apaciente, y que no sea el error el que juegue con nosotros” (XII 32,43:PL32, 844). Agustín quiere buscar “un sentido único, que tú me inspires como verdadero, seguro y bueno”, y ofrecerlo de modo perfecto, pues sino nunca terminará de comentar estos libros. Pero, si no consigue tanto, que “consiga expresar lo que tu verdad pretende decirme con palabras de aquél, a quién también comunicó lo que ella quiso” (XII 32,43:PL32, 844).

3.6. Mi amor es mi peso. El Espíritu Santo nos eleva al Creador

Al comenzar el libro XIII de sus *Confesiones*, Agustín invoca al Dios de la misericordia que no le había olvidado “cuando yo me había olvidado de Ti” y le ha menudeado sus llamadas para que “me volviese y te llamara a Ti que me llamabas” (XIII 1,1:PL32, 845). Además, no le ha castigado sino premiado, como obra suya, aunque a Dios no le era útil ni Agustín le cultivaba. Pero, ahora “estoy para servirte y darte culto, para que mi bienestar me venga de ti” (XIII 1,1:PL32 845), pues he recibido “la existencia de la plenitud de tu bondad” y todas las cosas han recibido “de Ti, Bien sumo y uno, al ser todas muy buenas” sin mérito ninguno por su parte (XIII 2,2:PL32, 845).

Y, así, para Agustín, es “un bienestar unido siempre a Ti, que eres nuestra luz”, para no caer de nuevo en las tinieblas que “fuimos un tiempo”, y ahora ser “luz en Cristo” (Ef 5, 8) (XIII 2,3:PL32,846). Y, por su gracia, recibimos “la vida feliz” al ir “hacia Ti, que eres el único Ser simple para quien no es cosa distinta la vida y la vida feliz, ya que Tu mismo eres tu propia felicidad” (XIII 3,4:PL32,846). Y, por su Espíritu, que se cierne sobre las aguas del bautismo, nos lleva a la perfección y el descanso pues “cuando se dice que el Espíritu reposa sobre alguien, a éste le hace reposar en Él”. Y, a la criatura, “le hace retornar a su Creador, vivir más y más junto a la fuente de la vida y ver en su luz la luz para ser perfeccionada, iluminada y beatificada”. Y, así, tenemos “la Trinidad, mi Dios, Padre, Hijo y E. Santo, Creador de todas las cosas” (XIII 4-6: PL32, 847).

Y, a partir de aquí, dice el Santo, que todo el que pueda siga al Apóstol que dice: “*Tu amor se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que se nos ha dado* (Rom 5,5), que nos enseña las cosas espirituales y nos muestra el camino encumbrado de la caridad, que dobla la rodilla por nosotros ante Ti, para que conozcamos la ciencia excelsa del amor de Cristo” (XIII 7,8:PL32, 847). Pues, aquí “*se trata de amores*”: por una parte del amor más bajo, de nuestras “preocupaciones y afanes” y, por otra de “la santidad de tu Espíritu que nos eleva más alto por amor de la seguridad, para que tengamos bien aupado nuestro corazón cerca de ti”...“y desemboquemos en el descanso soberano” (XIII 7,8:PL32, 848). Pues, cayó el ángel y cayó el hombre, y todo sería tinieblas si Tú no hubieras hecho la luz para

que “toda inteligencia obediente de la ciudad celeste se adhiriera a ti y descansara en tu Espíritu” y, así, no sea ya “un abismo de tinieblas sino que ahora es luz en el Señor” (XIII 8,9:PL32, 848). De este modo, encontramos la felicidad, que sólo Dios puede darnos y como dice Agustín: “Sólo sé una cosa: que me va mal lejos de Ti, y no sólo fuera de mí, sino incluso en mí mismo. Y que toda riqueza que no es mi Dios es pobreza” (XIII 8,9: PL32, 848). Pues todas las cosas tienen su peso y el peso del hombre es el amor. Y, por el E. Santo, que es amor, “descansamos, en Él, Te gozamos”, pues: *“Mi amor es mi peso, él me lleva adonde soy llevado. Es tu Don el que nos enciende y nos lleva hacia lo alto; nos enardece y avanzamos. Subimos los peldaños del corazón y cantamos el cántico de las gradas. Con tu fuego, con tu fuego bueno, nos enardece y avanzamos, porque avanzamos hacia arriba, a la paz de la Jerusalén. ¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor! En ella nos acomodará la buena voluntad, hasta el punto de no pretender más que eso: permanecer allí por toda la eternidad”*. “Y dichosa la criatura que no ha conocido otro estado” (XIII 9,10; 10,11:PL32, 849). Agustín pide así: Sólo Dios es la Luz, que Él nos ilumine a todos.

Aquí, Agustín describe la imagen de la Trinidad en el hombre que es: “ser, conocer y querer. Pues yo existo, conozco y quiero. Existo sabiendo y queriendo. Sé que existo y que quiero. Quiero existir y saber”. Las tres cosas son una vida “siendo una la vida y una la mente y una la esencia”. Y, pide le Santo, a cada uno, “en presencia de sí mismo: que profundice en sí mismo, que vea y que luego me hable” (XIII 11,12:PL32, 849). Luego, recuerda al Dios tres veces Santo (Is 6,3; Ap. 4,8), y que en su nombre, Padre, Hijo y E. Santo, hemos sido bautizados, y nuestras tinieblas se hicieron luz en la Iglesia, de modo que: “Nuestras propias tinieblas se nos hicieron antipáticas, y nos volvimos hacia Ti y se hizo la luz. Y, mira el resultado: *si en otro tiempo fuimos tinieblas, ahora ocurre que somos luz en el Señor*” (XIII 12,13:PL32, 850).

3.7. Mi alma tiene sed del Dios vivo y su Palabra

Pues, “nuestra alma tiene sed del Dios vivo” y queremos “ver el rostro de Dios”: Él nos envió las riadas de los dones del Espíritu que “alegran la ciudad de Dios” y: “Por Él suspira el amigo del Esposo, al contar ya con las primicias del Espíritu, pero gimiendo todavía en

espera de la adopción, de la redención de su cuerpo” para unirse al Esposo (XIII 13,14: PL32, 851). Pero, entre tanto, aún decimos: “Dios mío, ¿dónde estás?”. Pero, el Espíritu, por la Escritura, nos invita a esperar en el Señor, a *ser valientes, a tener ánimo y esperar en el Señor*, pues Dios “*vivificará nuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu que habita en nosotros*” (Rm 8,11), pues, así es como: “*somos hijos de la luz e hijos del día no de la noche ni de las tinieblas*” (1Ts 5,5) (XIII 14,15:PL32, 851).

Porque, el Señor extendió sobre nosotros el firmamento de las Escrituras, que es como una piel que nos protege de nuestra fragilidad, pues “no conocemos otros Libros que tanto anulen la soberbia, que tanto desbaraten al enemigo y a quién, al defender sus propios pecados, se opone a una reconciliación contigo”, ni que tanto persuada “a fin de amansar y hacer dócil mi cuello para llevar tu yugo” (XIII 15,17:PL32, 852). A Agustín le gustaría ser como los ángeles que: “Leen, eligen y aman” el plan de Dios, en todo, y ver que se cumple lo que dice el Señor: “*el cielo y la tierra pasarán, pero tus palabras no pasarán*” (Mt 24,35). O, como dice Agustín: “Pasan los predicadores de tu palabra de esta vida a la otra, pero la Escritura se extiende sobre los pueblos hasta el fin de los siglos” (XIII 15,18:PL32, 852).

3.8. La Palabra de Vida, las obras de misericordia y la contemplación

Esa Palabra permanece para siempre, ya la hemos visto en su Hijo que “nos ha acariciado, nos ha inflamado de su amor, y corremos tras la estela de sus perfumes”, pero aún no le vemos “tal cual es” como cuando “seremos semejantes a Él”. Pues: “Verle tal cual es, Señor, es nuestra prerrogativa, de la que aún no gozamos” (XIII 15,18:PL32, 853). Así, ni tenemos “la plenitud del ser” ni “el conocimiento pleno”, pues el hombre es “tierra reseca” que “no puede iluminarse con su propia luz, tampoco puede saciarse de sus propios recursos: *Porque en ti está la fuente de la vida, y tu luz nos hace ver la luz*” (Sal 35,10) (XIII 16,19:PL32, 853).

Y, así, es Dios quién nos riega con su “fuente secreta y dulce” para que demos fruto, en “obras de misericordia”, amando al prójimo, y ayudándole en sus “necesidades materiales” como queremos que nos

ayuden cuando “lo necesitamos” (XIII 17,21:PL32, 853). Entonces, *brotará la verdad de la tierra y la justicia desde el cielo*, al compartir “*nuestro pan con el hambriento, vestir al desnudo*” e invitar a “nuestra casa al pobre que carece de techo”, sin cerrarnos a nuestra propia carne. Y, así, “lleguemos a las delicias de la contemplación, alcanzando la elevada Palabra de la vida. Aparezcamos como luminarias en el mundo, fijos en el firmamento de la Escritura” (XIII 18,22:PL32, 854). Estos dones son el sol, la luna y las estrellas de la vida espiritual en el mundo.

3.9. Pasó lo viejo, llega el hombre nuevo por Espíritu Santo amor

Entonces, seremos hombres nuevos que caminan a la luz del día y Dios nos coronará el año con sus bienes, “enviando trabajadores a su mies, en cuya siembra otros trabajaron, e incluso enviándolos a otras sementeras” (XIII 18,22:PL 32, 854). Pues a uno le da “la palabra de sabiduría, como luminaria mayor”, para que ilumine a todos, “a otro la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu, como luminaria menor. *A otro, la fe; a otro, el don de curaciones; a otro, operaciones milagrosas; a otro, la profecía; a otro, el discernimiento de espíritus; a otro, el don de lenguas*”. “Todas estas obras las realiza un único y mismo Espíritu, repartiendo sus propios dones a cada uno según quiere, para común utilidad” (XIII 18,23:PL32, 854). Y, nos da a comer manjares sólidos por la sabiduría divina: la fe, “una visión maravillosa, aunque sólo sea, al presente, a través de signos, tiempos, días y años” (XIII 18,23:PL32, 855).

Para eso, es necesario “*lavarnos, purificarnos, aprender a obrar bien y hacer justicia al huérfano y a la viuda*” y eliminar la malicia para brillar en el mundo como árboles fecundos. El Maestro le pide al joven rico que guarde los mandamientos, pues aunque ya lo ha hecho la tierra no es fecunda: Tiene que arrancar los “zarzales de la avaricia” -*vende todo lo que tienes*- y “*dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y si quieres ser perfecto, sigue al Señor, unido a aquellos entre los que se habla sabiduría*” (XIII 19,24:PL32, 855). Sólo, así, estará, con el Maestro, “*tu corazón*” y “*tu tesoro*”. De lo contrario, la tierra se llena de tristeza porque “*las espinas han ahogado la Palabra*”. Pero vosotros, “*raza escogida, débiles del mundo, que lo habéis dejado todo para seguir al Señor, id en pos de Él y confundid a los fuertes. Id en pos de Él, pies hermosos, y brillad en el firmamento*

para que los cielos proclamen su gloria" (XIII 19, 25: PL32, 855): "Brillad sobre toda la tierra" como luminarias del cielo y un "viento impetuoso" de "lenguas como de fuego" que llevan "la palabra de la vida. ¡Difundíos por todas partes, fuegos santos, fuegos hermosos! *Vosotros sois la luz del mundo y no estáis debajo del celémín*. Aquel a quién os habéis unido ha sido exaltado y os ha exaltado. Difundíos y daos a conocer a todas las naciones" (XIII 19,25:PL32, 856).

3.10. Buscad a Dios y vivirá vuestro corazón

Entre tanto, "tus sacramentos" y los "gritos de tus mensajeros" avanzaron, entre las tentaciones y los reptiles, y volaron, "junto al firmamento de tu Libro", enseñándoles lo que habían recibido, "en tu bautismo", *"hasta los confines de la tierra"*, según lo necesitaban "los pueblos, alienados de la eternidad de tu verdad" y de "tu Evangelio" (XIII 20,26:PL32, 856). En fin: "Todas las cosas son bellas, porque las haces Tú", que eres "indeciblemente más bello". Y, si Adán no hubiera pecado, el género humano no hubiera caído en la vana "curiosidad, con su hinchazón tempestuosa y con su inestabilidad fluctuante" (XIII 20,28:PL32, 856). Así, se puede avanzar si el alma se apresura a "un nuevo paso en la vida espiritual" y, a poner "los ojos en la perfección" (XIII 20,28:PL32, 856).

Pues, por la Palabra, la tierra produce "el alma viva", que no necesita ya "ver para creer", pues está separada de las aguas "amargas de la incredulidad" (XIII 21,29:PL32, 857). Así, Dios planta su Palabra, por sus mensajeros, que por la gracia de Dios produce "el alma viva", y todos se alimentan del Pez, Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador (ijthis), que los refrena del "amor de este siglo para que vivan para Ti" que eres "la delicia vivificadora de un corazón puro" (XIII 21,29:PL32, 857). Y, entonces: *"Buscad a Dios y vivirá vuestra alma"*, para que la tierra produzca el alma viva": Y: *"No os conforméis a este siglo"* y sus sentimientos de muerte: "de la inhumana ferocidad de la soberbia, del placer indolente de la lujuria y del nombre engañoso de la ciencia". Así, se amansarán las fieras y domarán "las bestias y las serpientes", que "son los sentimientos del alma", y serán "inofensivas" (XIII 21,30:PL32, 857). Por lo demás, la vanidad, "la sensualidad y el veneno de la curiosidad son sentimientos del alma muerta", que muere "alejándose de la

fuelle de la vida” y amoldándose al “siglo pasajero”. “Pero, la Palabra de Dios, es fuente de vida eterna y no pasa”, e invita a imitar a Cristo y a sus amigos, como S. Pablo, viviendo como la gente sencilla, obrando “con modestia” para ser “amado por todos”, mirando a la eternidad y luchando contra el mal (XIII 21,30-31:PL32, 858).

3.11. El hombre espiritual imagen de Dios

Dice Dios: “*hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*, para darnos a entender cuál es tu voluntad”. Por eso, el Apóstol nos invita a renovar nuestra “mente para poder comprobar por vosotros mismos cuál es *la voluntad de Dios buena, grata y perfecta*”. Para eso dijo: “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Así, Dios nos capacita pues: “De este modo, el hombre se renueva en el conocimiento de Dios, según la imagen del que le creó, y una vez que se ha hecho espiritual, juzga todas las cosas, es decir, todas las cosas juzgables, mientras que a él no le juzga nadie” (XIII 22,32:PL32, 858). Así, reina sobre todas las cosas, por su inteligencia, que capta “todo aquello que pertenece al espíritu de Dios”, y se aleja, de “las bestias estúpidas”, por la gracia de Dios (XIII 23,33:PL32, 859).

Con todo, no debe juzgar la Ley sino observarla. Tampoco juzga “de tu mismo Libro aunque haya algunas cosas en él que no sea luminoso”. A él sometemos nuestra inteligencia. Tampoco juzgamos a los hombres espirituales, que sólo Dios conoce bien, ni a “las turbias multitudes de este siglo” pues no sabemos quién “llegará a gustar la dulzura de tu gracia y quién se estancará en la amargura perpetua de la impiedad” (XIII 23,33:PL32, 859). Así que “el hombre espiritual” aprueba lo que es recto y desaprueba lo vicioso, en los sacramentos, como el del Pez (Cristo), “alimento de la tierra piadosa”, y “en la actuación y en las costumbres de los creyentes, en las limosnas, comparables a la tierra fecunda” y, en el “alma viva”, los sentimientos mansos, castos y piadosos, para impulsar su “corrección” (XIII 23,34:PL 32, 860).

3.12. Algunos simbolismos y su interpretación en obras buenas

Es difícil interpretar bien el pasaje: *creced y multiplicaos*, como ocurre con otros textos, tanto en el sentido literal como en el figurado. “En todos estos elementos encontramos multitudes, fecundidades e incrementos”, materiales y espirituales, y tenemos variedad de interpretaciones. “Así se colma de gérmenes humanos la tierra, cuya aridez se trasluce en el afán de saber. Y como señora de este afán campea la razón” (XIII 24,37: PL32, 861). Sobre el símbolo de la hierba y los árboles, el santo cree hablar, no de su cosecha, sino de parte de Dios, si dice que estos frutos de la tierra representan, “alegóricamente las obras de misericordia que en las necesidades de esta vida nos brinda la tierra fecunda”. De estas obras, debidas a los que predicán “los divinos misterios”, habla Pablo con sus fieles de Macedonia, los Filipenses y Onesíforo que “no se avergonzó de sus cadenas” (XIII 25,38:PL32, 862).

Pero, no se trata tanto de las cosas que se dan o reciben sino de la intención con que se dan y del don del amor. De eso se alegra el Apóstol, “hombre renovado en el conocimiento de Dios”, “de su buena acción, no del alivio de la propia estrechez”, pues: “Yo no busco el don, sino el fruto”. Se trata del fruto del que acoge al profeta “por ser profeta”, al justo “por ser “justo” o al discípulo “por ser discípulo” (XIII 26,40-41: PL32, 863). De este modo, la solidaridad en las dificultades de la vida debe hacerse, “con una recta y santa intención”, pues de otro modo no es posible alegrarse “de los dones al no ver fruto alguno todavía” (XIII 27,42:PL32, 863).

3.13. Todas las cosas creadas eran muy buenas

Dios y nosotros vemos que todo cuanto hizo “era muy bueno”. Siete veces dices que “era bueno lo que hiciste”. Y, la VIIIª vez, “ya no son simplemente buenas, sino muy buenas, porque estaban todas juntas” y en armonía (XIII 28,43:PL32, 863). Por otra parte, dice Dios: “lo que dice mi Escritura lo digo yo”. Ella lo dice en el tiempo, pero por encima del tiempo, “porque es estable conmigo en una eternidad semejante a la mía” (XIII 29,44:PL32, 864). Así, Agustín ya ha saboreado “la dulzura de Tu verdad” y le desagrada que algunos digan que

Dios creó por necesidad los cielos y los astros, o que aseguren que ya existían antes, y Dios los habría ordenado contra sus enemigos para evitar su rebelión (XIII 30,45: PL32, 864). O que digan que otros muchos seres los creó un “espíritu hostil” y otra naturaleza “enemiga tuya” de las regiones inferiores del universo. Para S. Agustín los que dicen esto “son unos locos que no ven a través de tu Espíritu las obras que hiciste, ni te conocen en ellas” (XIII 30,45:PL32, 865), o sea los maniqueos. S. Pablo nos dice que: “*lo que es de Dios nadie lo conoce, sino el Espíritu de Dios*” (1Cor 2,11). Y, todos los que saben, ven o conocen lo que es de Dios, ven “en el Espíritu de Dios que una cosa es buena, no somos nosotros, es Dios quien ve que es buena” (XIII 31,46:PL32, 865). Pero algunos aman más la creación que al Creador, porque no tienen el Espíritu por el que: “*el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*” (Rom 5,5). Pues: “A través del Espíritu vemos que es bueno lo que de cualquier modo existe, porque proviene de aquel que existe no de cualquier modo, sino que es el ES” (XIII 31,46:PL32, 865).

3.14. Gracias a Dios, dador de todo bien, por toda la creación que invita a alabarle y a descansar en él

En fin, Agustín da gracias por toda la creación espiritual y material, “en su absoluta totalidad”, luz y tinieblas, cielo, tierra y mar. Por las “aguas reunidas en los vastos espacios del mar, y la tierra firme”. Por “las luminarias brillando desde arriba”: el sol, la luna y las estrellas, que “señalan el tiempo”. Por el elemento húmedo, pletórico de vida en la tierra y en el aire que facilita el vuelo de las aves. Por toda la tierra, los animales irracionales, y el hombre creado a “Tu imagen y semejanza, es decir, en virtud de la razón y la inteligencia”, que rige la acción en el hombre a la mujer. Hace aquí Agustín comentarios, sobre la mujer y el varón, como heredero, de la gran incultura clásica, sobre este tema. Por lo demás: “Cada cosa en particular es buena, y en conjunto todas son muy buenas” (XIII 32,47:PL32, 866).

Todas las obras alaban a Dios para que nosotros le amemos y nosotros le amamos para que ellas le alaben. Las obras están parcialmente ocultas y en parte manifiestas, pues de la nada fueron hechas por Dios, pero no de Dios, sino de una materia “concreada” por Él,

pero “de modo que la forma siguiese a la materia sin intervalo temporal alguno” (XIII 33,48:PL32, 866). Luego, Dios hace “en el tiempo las obras”, que tenía predestinadas según sus designios, y “organiza nuestra desorganización”. Y, su Espíritu bueno, borraba nuestras tinieblas y pecados, y animaba los “anhelos de los creyentes” para realizar “las obras de misericordia, llegando incluso a distribuir las riquezas terrenales entre los pobres para alcanzar las celestiales” (XIII 34,49: PL32, 867).

Pues, Dios enciende las luminarias de los santos, llenos de “la palabra de la vida”, “de dones espirituales” y “una autoridad sublime”, y con los milagros y las palabras del “firmamento del Libro” instruye a los gentiles (XIII 34,49:PL32, 867). Renovó el “alma viva” de los creyentes “a su imagen y semejanza”, y la mortificación de lo desordenado somete lo irracional a lo racional y la “mujer al varón”. Y, todos los ministerios fueron “socorridos por los mismos fieles mediante aportaciones fecundas”. Así, todas estas cosas “son muy buenas, porque Tú las ves en nosotros, Tú que nos diste el Espíritu para verlas y para amarte en ellas” (XIII 34,49:PL32, 867).

3.15. Oración final

Y, al fin: “*Señor Dios, ya que nos lo has dado todo, danos la paz: la paz del reposo, la paz del sábado, la paz sin ocaso*” (XIII 35,50: PL32, 867). Pues las cosas tienen mañana y tarde y pasarán, pero el día 7º no tiene ocaso, “lo has santificado para que dure para siempre” (XIII 36,51:PL32, 867). Y, el día de tu descanso es una predicción del nuestro, pues según el “Libro: también nosotros, una vez realizadas nuestras obras, que son también muy buenas porque Tú nos las has dado, descansaremos en ti en el sábado de la vida eterna” (XIII 36,51:PL32, 868). “También entonces descansarás en nosotros como ahora obras en nosotros”...“Pues, Tú, Señor, estas siempre obrando y siempre descansando” (XIII 37,52: PL32, 868). “Nosotros vemos lo que hiciste porque existe, y existe porque tú lo ves” (XIII 38,53: PL32, 868). Por fuera vemos que “existe” y, por dentro, “que es bueno”. Pues: “Tú único Dios bueno, nunca dejaste de hacer el bien”. Nosotros lo hacemos por el don de tu Espíritu y “nuestras obras son buenas por ser don tuyo, pero no son eternas. Después de ellas esperamos descansar en tu

gran santificación” (XIII 38,53:PL32, 868). Pues, Dios es todo reposo y paz, y, nadie puede dar a entender esto a otro: “A Ti hay que pedir-telo, en Ti hay que buscarlo, a Ti hay que llamar. Así, así se obtendrá, así se hallará, así se nos abrirá” (XIII 38,53: PL32, 868).

DOMINGO NATAL ÁLVAREZ, OSA

